

parados llevaban y hacerle sus felicitaciones, y esto acabó por hacer imposible que Música dominase su emoción, y todo concluyó tan mal como había principiado. Sin la buena disposición en que el público se encontraba, sin los heroicos esfuerzos de Pogliani, que estuvo admirable, y de la Bassi que le secundó felizmente, aquella representación de *Hernani* habría sido una catástrofe.

En el próximo capítulo continuaremos hablando de la Compañía de Napoleón Sieni, inteligente empresario que por segunda vez nos visitaba.

CAPITULO XVIII

—
1885.

Las fiestas con que en Setiembre de 1885 se conmemoró el aniversario del primer grito de Independencia, estuvieron muy lucidas y animadas por la gran cantidad de forasteros que visitaron la Capital, atraídos por el precio económico de los trenes especiales, y por lo mucho que se había dicho de los lujosos carros que habían de figurar en la procesión cívica, escoltados por comparsas propia y lujosamente vestidas. Merecieron realmente elogios y aplausos la carroza del *Comercio*, la de la *Paz*, la de la *Colonia Francesa*, representando á las dos Repúblicas; la del *Antiguo México*, que imitaba un teocalli azteca, y la de los héroes insurgentes. Con la abundancia de forasteros todos los teatros realizaron buenos productos, el Principal con *La Paloma Azul*, *La Vuelta al Mundo* y las suertes del Conde Patrizio; el de Arbeu, con el variado trabajo de la Compañía de Francisco Solórzano, separado del Principal, y Ricardo López, bien secundado por las simpáticas actrices Emilia Calvo y Emilia Toscano, en combinación con la excelente Orquesta Típica, dirigida por Carlos Curti. También fué muy visitado el Seudo-gran Museo Zoológico de los Hermanos Orrin en la Plaza de Santo Domingo.

La Opera Sieni prosiguió en su buena fortuna, aunque no sin algún contratiempo, como el de *La Africana*, que casi rodó en la noche del 23 de Setiembre por hallarse Pizzorni indispuerto según unos, y disgustado según otros. Dijose que las ovaciones á alguna *prima donna* le tenían de mal humor: así lo hizo saber *El Siglo Diez y Nueve*, periódico amigo de la Empresa. Pero vino la repetición de la gran obra de Meyerbeer, y el fracaso del 23 se mudó en un ruido-

so triunfo para Pizzorni, la Gini, la De Vere y Pogliani y Mancini. El gran concertante del tercer acto les valió varias llamadas á la escena entre atronadores aplausos. Igual éxito obtuvo el dúo del tenor y de la soprano en el cuarto acto, que interpretaron á la perfección Pizzorni y la Gini. Pogliani se portó en toda la obra como gran actor y cantante. En esos días, el Presidente de la República, "atentos los beneficios civilizadores que á la cultura de la Capital resultaban de la existencia en ella de una Compañía de Opera, la que por lo mismo merecía cierta protección de parte del Gobierno," se sirvió conceder al empresario la exención del impuesto municipal y su recargo, durante la temporada. Así se lo comunicó en oficio de 23 de Setiembre, dirigido á D. José J. Moreno, el Ministro de Gobernación D. Manuel Romero Rubio.

Suceso notable fué en la noche del sábado 3 de Octubre la representación de *Traviata*, porque en ella se presentó por primera vez en un teatro público el joven Adrián Guichenné en el papel de Alfredo, al lado de la bella é inspirada Clementina De Vere y del gran artista Quintilli Leoni. Era entonces el nuevo tenor un joven de veintitrés años apenas, alto, delgado y de facciones finas y correctas. Su padre D. Gustavo Guichenné, ya numerosas veces nombrado en estos capítulos, era uno de los más distinguidos apóstoles de la música clásica, á la que semanariamente dedicaba amenísimas sesiones, con el concurso de profesores de tanto mérito como José Rivas, Luis G. Morán, Agustín Manríquez, Fernando Domec, Félix Sauvinet, Gustavo Fischer, Federico Jens y Agustín Leffman.

Hijo de artistas y viviendo entre artistas, fácil se manifestó en Adrián la vocación para el arte: los primeros estudios hizolos con éxito y aprovechamiento, y pronto se distinguió en el piano y en el violín, y fué uno de los mejores discípulos del Conservatorio. En el estudio del canto tuvo por maestro y director al muy distinguido Constant Hayet, en el examen respectivo mereció una mención honorífica extraordinaria, y el Supremo Gobierno le otorgó una pensión para que pasase á Europa á concluir sus estudios. Antes de resolverse á emprender su viaje, solicitó las lecciones ó los consejos de Enrique Testa, Capoul, Turnier, Lestellier y Gianini, tomando de todos ellos algo bueno. Para ensayarse en la carrera artística, para adquirir un voto público que le animase para emprenderla ó de una vez le quitase sus ilusiones si eran falsas, acudió á los empresarios Sieni y Moreno, y después de hacerse oír por los artistas de su cuadro de ópera, resolvió, con la aprobación de todos, presentarse en el papel de *Alfredo* en *Traviata*, en la fecha que ha poco apunté. El éxito fué notable, espléndido el triunfo; el público del Gran Teatro dispensó una ruidosa y entusiasta ovación al joven tenor, que ni era ni se presentaba como un artista, pero que hizo ver que tenía cualidades para

serlo. ¿Confirmaría el tiempo aquel juicio? La respuesta quedó reservada al porvenir.

Para primera función del segundo abono, en la noche del 14 de Octubre, estrenó la Compañía Sieni la hermosa partitura del maestro Ponchielli, *Gioconda*, que alcanzó del numeroso y selecto público la más completa aprobación, por la obra misma y por su desempeño por todos los artistas, á quienes tributó atronadores aplausos. Elisa Bassi y Adela Gini, nada dejaron que desear, habiendo cantado magistralmente el dúo del segundo acto, que mereció los honores de la repetición. Igualmente bien cantaron Pogliani, Pizzorni y Mancini, y la Pieri que interpretó de modo admirable el papel de la ciega. En el último acto la Gini confirmó su fama de gran artista dramática y obtuvo muy merecida ovación. Las nuevas decoraciones fueron todas muy buenas, particularmente las del tercero y cuarto actos. El vestuario y el *atrezzo* se hicieron notar por su elegancia y por su propiedad. La obra de Ponchielli produjo tantos llenos como representaciones tuvo, ya en abono, ya en extraordinarias, y con ella dió su beneficio Adela Gini el jueves 22 del citado Octubre, ante una entusiasta concurrencia que la saludó con nutrida salva de aplausos, á la vez que la orquesta y las bandas militares ensordecían la sala con sus dianas.

Innecesario parece decir cuán bien desempeñó en esa noche su papel Adela Gini, y cuánto se le aplaudiría y cuántas veces fué llamada á la escena. El entusiasmo de los concurrentes creció cuando la beneficiada, en traje de carácter, cantó la canción andaluza del maestro Barbieri, *Lo que está de Dios*, que se vió obligada á repetir. Renováronse las *dianas*, el escenario quedó alfombrado de ramos y de flores sueltas, y se le ofrecieron multitud de coronas y de obsequios, algunos de mucho valor. Mas no faltó un desagradable incidente: de tiempo atrás se sabía que la Bassi y la Gini estaban entre sí disgustadas por rivalidades artísticas, fomentadas con poca prudencia por sus respectivos partidarios, y con suprema injusticia por los de la Bassi, que no podía, en modo alguno, compararse en méritos con los méritos de Adela Gini.

En el famoso dúo de *Gioconda*, en que las dos artistas aparecían, por exigirlo así la obra, enconadísimas rivales, habíase echado de ver más de una vez con cuánto trabajo la una se inclinaba ante la otra, cuando la situación dramática lo mandaba, y con cuánto imperio ésta le imponía á aquella esa humillación. En la noche del beneficio, y en el susodicho dúo, cuando á los pies de la agraciada llovían los ramilletes, un entusiasta de la Bassi hizo llegar á manos de ella uno que especialmente le dedicaba y le fué presentado por uno de los individuos de la orquesta: la Bassi indicó á la Gini que lo tomase, como desdeñando el aceptar sólo uno cuando tantos recogía su rival.

La Gini contestó negativamente, indicándole que pues á la Bassi era especialmente ofrecido, la Gini no debía tomarlo. La imprudente segunda soprano le tomó entonces con marcado enojo, y en vez de conservarlo se lo tiró á la primera con manifiesto desdén: "esa acción indigna—dijo *El Siglo*—fué ejecutada con gran cólera por la Bassi, y con ello dió á conocer la envidia que tenía por la ovación de que era objeto Adela Gini, y á la cual era acreedora por su verdadero mérito artístico: el público, como era natural, al verse ofendido, se molestó extraordinariamente y puede estar segura la Bassi de que sólo por pura deferencia no fué silbada como merecía: la Bassi debía guardar sus rencores para otro lugar, y nunca ante una concurrencia respetable, máxime cuando ésta le ha guardado todo género de consideraciones." Por lo que esto pudiera perjudicarla, la Bassi dió, por medio de los periódicos una satisfacción al público, y en la siguiente representación de *Gioconda*, al concluir el célebre dúo, que las dos rivales cantaron siempre admirablemente, y al dar las gracias á la concurrencia que las aclamaba, la Bassi abrazó á la Gini y ésta la besó en la frente.

Concurridísimo y muy brillante estuvo, en la noche del 29, el beneficio de Clementina De Vere con *Rigoletto*. En él tomó parte Adrián Guichenné, que no estuvo en el *Duque* tan feliz como en el Alfredo de *Traviata*, y en el Fernando de *Favorita*, cantada el 20 anterior con la Pieri, Quintilli Leoni y Mancini: Adrián Guichenné cantó de un modo notable la romanza *Spirto gentile*, mereciendo los honores de la repetición. En función extraordinaria, y en la noche del 5 de Noviembre, se verificó el beneficio de Elisa Bassi con *Traviata*: la beneficiada cantó también la cavatina de *Norma*, que le valió repetidas llamadas á la escena; sus amigos la colmaron de regalos, algunos de subido valor, y la colonia española le envió hermosa corona cubierta de monedas de oro. En las funciones décima y undécima del segundo abono, la De Vere, la Gini y Pizzorni fueron aclamadísimos en *Los Hugonotes*, que cantaron bien, ellos y toda la Compañía. El viernes 20 dió su beneficio Adrián Guichenné con el *Fausto*, de Gounod, obteniendo un lleno completísimo y una entusiasta y cariñosa acogida. La obra era demasiado difícil para un artista que principiaba su carrera, y, además, la ovación de que fué objeto en el primer acto le conmovió al extremo de quitarle todo el dominio sobre sí mismo en un papel en que tanto lo hubiese necesitado. No obstante, después del aria del tercer acto recibió muchos aplausos y se le ofrecieron diversos obsequios, entre ellos una corona magnífica con muchas monedas de oro que le regaló el Presidente de la República, Gral. D. Porfirio Díaz; otra más pequeña, y también con monedas de oro, obsequio del Ayuntamiento, y una multitud de alhajas. Federico Jens recitó una composición poética que fué muy aplaudida. En el *Faus-*

to Clementina De Vere y Enrique Pogliani estuvieron magníficos en sus respectivos papeles.

Pero concluyamos con nuestra revista de aquella temporada muy fructífera para Sieni. El 28 fué el beneficio del maestro D'Alessio con *Hugonotes*, y varios intermedios en los cuales el violinista Figueroa tocó, muy bien tocada, una fantasía de Wienauski, la orquesta ejecutó la obertura de *Maria Ribera* ópera de D'Alessio, y la Banda de Ingenieros el valse *Recuerdos de México*, composición de Cabalini. El 29 y como obsequio á los abonados, se cantó *Rigoletto*, para despedida de la De Vere, Guichenné y Quintilli Leoni, y el lunes 30 *Gioconda* para último adiós de la Gini, la Bassi, la Pieri, Pizzorni, Pogliani y Mancini. Hubo aún una función más extraordinaria, á beneficio del artista mexicano Múgica, cantándose en ella el cuarto acto de *Fausto* y los tres de *Lucrecia Borgna*. Tres meses y diez días sostuvo aquella temporada Napoleón Sieni, que antes de mostrarse entendido empresario había sido artista cantante muy elogiado por la prensa italiana.

Poco, bien poco notable, ofrecían los demás teatros en esos días y en los meses siguientes. El de Arbeu con sus dos directores Francisco Solórzano y Ricardo López, hacía cuanto á su alcance estaba para atraerse público, ya asociándose con el prestidigitador inglés Richard Hume, que malas lenguas dijeron ser un mal suertista disfrazado con barbas y peluca rubias, ya variando cuanto le era posible el trabajo y estrenando con frecuencia obras escritas ó traducidas por autores mexicanos. Entre dichos estrenos fué notabilísimo el de un monólogo del insigne Juan de Dios Peza, que lo tituló: *Escribiendo un drama*. El gran poeta, el poeta *verdaderamente americano*, porque no sólo su patria sino todo el continente de Colón lee y se recrea con sus versos, como no lee ni se recrea con ningunos otros, al menos en el mismo grado que con los suyos, obtuvo en la representación de ese monólogo un triunfo ruidoso, tan ruidoso como lo han sido siempre los suyos, desde que, contando apenas diez y seis años de edad, hizo por primera vez oír en público sus versos; tan ruidoso como los que alcanzó en España conquistando el aplauso y el elogio de los grandes literatos de la Península, de cuyo entusiasmo por Peza tuve la satisfacción de ser testigo. El éxito de *Escribiendo un drama* autorizó á Juan de Dios Peza para decir con el Luis de su monólogo.

“¡ Ah! ¡ qué noche! cuán ufano
me quedé! ¡ cuán satisfecho!
¡ cuánto apretón en el pecho!
¡ cuánto apretón en la mano!
.....

“ Por ejemplo, aquí estoy yo
donde ninguno me ve;
me han aplaudido, y á fe
como á nadie se aplaudió.”

Ya en ese tiempo había comenzado á publicar sus composiciones reunidas en libro, aunque puede decirse que esa no fué la primera colección; tenía ya tantas cuantos eran sus lectores, pues todos ellos habíanlas coleccionado en su memoria, los unos para recrearse y admirarlas, los otros para envidiarlas y morderlas, reconociendo aquellos, sin poder negar éstos, que Juan de Dios Peza es, como de él ha dicho Emilio Castelar, *poeta visitado por la celeste inspiración, que casi ejerce la Dictadura de los versos hermosísimos*. Y eso que el gran tribuno español, que escribiendo en prosa es uno de los poetas mayores que España ha tenido, no conocía, cuando eso dijo, los mejores versos de Juan de Dios Peza, aquellos de los que él mismo dice,

“ Los hago con la hiel de las espinas
que el infortunio me clavó en el alma.”

Esos son los que, con los dedicados al venerable autor de sus días, corren en multiplicadas ediciones, en su mayoría extranjeras, en manos de cuantos aman lo noble y lo bello; esos son los que han sido traducidos al alemán, al portugués, al italiano y al ruso, honrando á México y honrando al poeta, verdadero poeta que siempre subyugará á sus lectores, porque la magia de sus versos estriba como él mismo ha dicho, sin imaginarse que descubría su secreto, en la simplicísima *receta* que contienen los dos últimos versos de su siguiente quintilla:

“..... la inspiración
me falta, no la recibo
de la celeste mansión;
pero tengo un corazón
del que brota lo que escribo.”

Así es la verdad; por eso conmueve, por eso hace llorar con cuanto produce su pluma, aunque sea una sencilla carta; porque es poeta, verdadero poeta que no tiene necesidad de *martajar* el idioma y las frases para hacer versos, ni de desvelarse noches enteras para producir una composición; porque todas las suyas son positivas improvisaciones, hechas al correr de la pluma, ó fijas al paso en su prodigiosa memoria; porque, en fin, nació y seguirá siendo poeta, á despecho de la envidia que á su gloria se tiene, á despecho de la impo-

sición de la prosa de la vida, á despecho de los más imponderables infortunios. También él lo ha dicho en versos que suenan como versos de Bécquer:

“Todo con mano ruda torpe y fría
me puede arrebatarse la adversa suerte;
pero el culto á la hermosa poesía
no lo podrá arrancar del alma mía
más que la mano helada de la muerte.”

La misma Compañía de Solórzano, en Arbeu, estrenó en 2 de Octubre un interesante drama en tres actos intitulado *Calumnia*, original de otro escritor mexicano, Julio Espinosa, que fué muy aplaudido en esa noche y en varias repeticiones. En la función del 23, Francisco Solórzano, Ricardo López, Gabutti y la muy discreta actriz Emilia Toscano, estrenaron la comedia *Divorçons*, de Sardou, traducida por José R. del Castillo, cuyo trabajo fué tan del agrado del público, que por más resistencia que el traductor opuso á salir á la escena, no estimándose digno de tanta honra, hubo al fin de presentarse en ella á recibir los plácemes que á juicio del público merecía su acertada versión de la hermosa obra del insigne autor francés. Con igual aplauso se repitió *Divorciémonos*, el domingo 25, quedando la obra como una de las principales del repertorio de la Compañía.

En el mismo mes hubo una brillante y extraordinaria función en el Teatro Principal, dada por un grupo de distinguidos aficionados, á favor del Asilo de Mendigos fundado por Francisco Díaz de León, quien pudo utilizar para los pobres quinientos setenta y ocho pesos de los seiscientos diez y seis que produjo la entrada. La obra que se puso en escena fué *La Mascota*; pocos días antes y en el Teatro Hidalgo, como un obsequio al Gral. D. Porfirio Díaz, había sido cantada esa zarzuela por el referido grupo de aficionados que dirigía D. Felipe Santibáñez.

Su brillante éxito en esa primera audición, que tuvo un carácter particular y privado, impulsó á Díaz de León, que nada desperdiciaba en provecho de sus asilados, á suplicar al Sr. Santibáñez y á sus amigos, la repitiesen en función pública y de paga, á favor de sus pobres. Anuentes todos, y venciendo su timidez y su modestia en obsequio de la Caridad, la repetición de la *Mascota* se verificó, según dije, en el Teatro Principal, la noche del 21 de Octubre: el reparto de los papeles se hizo entre las Sritas. Angela Iturria, *Betna*; Teresa Iturria, *la Princesa*; y los Sres. D. Eduardo Múgica, Enrique Farrell, y José Vigil y Robles. En los coros figuraban, entre otras muchas tan guapas y graciosas como ellas, las Sritas. Angela y María Mejía, Carmen Alvarado, Aurora Betancourt y María Carrasco. Todas las pri-

meras partes trabajaron más como verdaderos artistas que como simples aficionados, y con los excelentes coros presentaron un inmejorable conjunto y merecieron los más entusiastas aplausos. Ese fué el primer ensayo de José Vigil y Robles, hoy día aplaudidísimo artista de sobresalientes méritos. Pronto hablaremos de él extensamente.

Retirada la Opera el 1º de Diciembre, la Capital no dispuso de más diversiones que las que podían proporcionarle Solórzano y López en Arbeu, con tal cual buena comedia del repertorio español, una que otra traducción del teatro francés, y las de espectáculo *El Palacio encantado* y *La Paloma azul*, ó pastorelas como *La noche más venturosa* ó *El premio de la inocencia*, que representaron el sábado 26. El Principal fué tomado por una Compañía de zarzuela en que figuraban la Cuarenta, Caritina Delgado, Prats, Castro, Labrada, Iglesias, Ricardo Pastor, Magdalena Padilla, y Modesto Julián como director; su repertorio lo constituían *Marina*, *Los Carboneros*, *Las Campanas de Carrión*, *La Guerra Santa*, *El Reloj de Lucerna*, *Catalina*, *Doña Juanita*, *Un pleito*, *Boccaccio* y otras tan conocidas y explotadas como esas. En Hidalgo, modestos actores daban para su público *Despertar en la sombra*, *Más vale maña que fuerza*, *Pascual Bailón*, *El trece de Febrero*, *No hay humo sin fuego*, *El caballero de San Jorge*, *El preceptor y su mujer*, *El capitán de fragata*, *El molino de Guadalupe*, *La expiación de un delito*, *Las dos madres*, *La Duquesa de San Félix*, y otras muchas del género patibulario.

El 7 de Diciembre ocupó el Gran Teatro el antiguo agente de Grau, el voluminoso Chas. Comelli, separado de aquél y convertido en empresario de una *Compañía Imperial Japonesa*, de variedades, *equilibristas*, *contorsionistas*, *jugadores malavares*, *acróbatas* y *magos*, con nombres tan deliciosos como éstos: Uyehara Kichigoro, Tzurakichi, Ogawa Tatzugoro, Komata Kamchichi, Haguibora Gengiro, Aruke Sukegiro, Torakichi, Wakabama, Kamekichi, Tokio Nawokero y Zuda Zatzama. Formaba parte de la Compañía la bailarina parisienne Adela Guillerma, según los prospectos estrella de la Opera de París. Comelli abrió abono por diez funciones á los precios de *sesenta pesos* palcos, y *diez pesos* lunetas. El tal abono no dió efecto, y pronto el empresario bajó los precios á *cuatro reales*, y así pudo mal sostenerse hasta el 19 de Diciembre, fecha de su última función, como todas las precedentes poco concurrida, y menos desde que en la noche del 11 los Hermanos Orrin inauguraron un nuevo Circo, no mejor que el del Seminario, en la Plazuela de Santo Domingo.

Antes de terminar el año de 1885, el Gran Teatro Nacional se vió desagraviado de las farsas de los titiriteros imperiales japoneses, con la visita que de nuevo le hizo el empresario Mauricio Grau, trayéndonos esa vez á la distinguidísima artista Mad. Ana Judic, con la siguiente Compañía: *Señores*: Cooper, del Teatro de Variedades, de